

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature

Modern Languages and Literatures, Department of

January 2008

Reseña de Intacto: Irrational Exuberance

Oscar Pereira Zazo

University of Nebraska-Lincoln, opereira@unlserve.unl.edu

Lola Lorenzo

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>



Part of the [Modern Languages Commons](#)

Pereira Zazo, Oscar and Lorenzo, Lola, "Reseña de Intacto: Irrational Exuberance" (2008). *Spanish Language and Literature*. 19.
<http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/19>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

Reseña de Intacto
Irrational Exuberance

Oscar Pereira Zazo
Lola Lorenzo
University of Nebraska-Lincoln

España / 2001 / Color / 1:45

Dirección

Juan Carlos Fresnadillo

Producción

Fernando Bovaira y Enrique López-Lavigne

Guión

Andrés Koppel y Juan Carlos Fresnedillo

Dirección de Fotografía

Xavier Jiménez

Dirección de Arte

César Macarrón

Montaje

Nacho Ruiz Capillas

Vestuario

Tatiana Hernández

Música

Lucio Godoy

Reparto

Leonardo Sbaraglia (Tómas), Eusebio Poncela (Federico), Mónica López (Sara), Antonio Dechent (Alejandro), Max Von Sydow (Sam), Guillermo Toledo (Horacio), Paz Gómez (Ana), Luis Mesonero (Gerard)

Resumen

La ruleta de un casino en alguna parte del mundo: Un *croupier* se dirige en francés a las personas que rodean la mesa de juego. Uno de los jugadores está ganando; otro hace gestos con un pañuelo que se ha sacado del bolsillo. Las cámaras de seguridad del local lo registran todo. Pronto veremos de qué manera tan simple se le acaba la suerte al ganador. En una piscina, localizada en alguna dependencia del casino, vemos la silueta

delgada de un hombre buceando en el agua. El del chapuzón es Federico (Eusebio Poncela), que, vistiendo impecable traje a medida, elegante y frío se encamina por los pasillos del casino hacia la zona de la ruleta. Se acerca al tipo que está ganando y, con una sencilla maniobra, finge un descuido y cubre con su mano la del ganador.

“Perdóneme, discúlpeme”. El trabajo de Federico es gafar a los que tienen demasiada suerte en el casino. Su gran habilidad es quedarse con la suerte ajena. Una vez consumada la faena, se dirige hacia lo que parece un búnker tenebroso o cárcel de alta seguridad en el sótano del casino. En una de las puertas hay un guardaespaldas de aspecto descomunal. Al otro lado, en el centro de una habitación diáfana y prácticamente vacía, un viejo (Max von Sydow) aguarda majestuosamente sentado en una butaca situada en el centro. Hay manchas de sangre en la pared. Hablan en inglés, después en español. Parecen padre e hijo. Pronto sabremos que el más viejo ayudó al más joven. Federico parece distante, se quiere ir. El anciano quiere retenerlo. Pero no lo consigue. Federico se sube en el ascensor con la idea de marcharse de allí. Cuando lo vuelve a tomar para dirigir sus pasos fuera de allí, el ascensor hace una parada no prevista. Al fondo de un pasillo enmarcado en rojo, Samuel, el viejo, se acerca. Entra en el ascensor a lo que parece para despedirse, abraza a Federico, lo besa, recoge su cabeza entre sus manos y le dice al oído: “Yo te encontré el don y yo te lo quito”. Tal parece que el viejo lo ha dejado sin energía, lo desactiva.

En la siguiente secuencia Federico va en un coche con los matones a sueldo de Sam, suena la música de un bolero: “¡Ay!, mi corazón está empezando a padecer desde que yo te conocí mi dulce bien...” Le pegan una soberana paliza dejándolo tirado como una colilla en la carretera.

La didascalia nos anuncia que han pasado siete años. Ha habido un accidente de avión que tiene un único superviviente. Encima llevaba una especie de faja preñada de billetes (el resultado de un atraco a un banco). Mientras, Federico va por un túnel hablando con un tipo que asegura tener mucha suerte por unas peripecias que le pasaron con su suegra y su mujer. Para probar lo que dice va a cruzar con los ojos vendados los carriles que van en los dos sentidos de una autopista con mucho tráfico. Es la prueba que confirmará que realmente es un tipo suertudo. Federico lo está filmando todo agazapado en la cuneta. Comienza la travesía, pero cuando parece que lo va a conseguir un coche se lo lleva por delante. La conductora es, sorprendentemente, la mujer policía (Mónica López) que está encargada de la investigación y custodia del único superviviente del accidente de avión, Tomás (Leonardo Sbaraglia).

Este último no sólo tuvo suerte al no morir; además, la compañía de seguros lo tiene que indemnizar. Ocasión que Federico aprovecha para sobornar a una de las empleadas de la compañía, en la que él mismo trabaja, para tomar control del dossier de Tomás. De esta manera coinciden tres de nuestros personajes principales: Sara, la mujer policía, Tomás y Federico. Los veinticinco millones de pesetas (150.000\$), o sea, la indemnización, no la va a poder disfrutar Tomás pues tiene que ir a la cárcel acusado de robo. Pero Federico tiene un plan. Se presenta en el hospital, convence a Sara para que lo deje hablar con Tomás acerca de la póliza de seguro. Entra en la habitación. Se pone a jugar a las cartas con Tomás y le dice que si saca la carta más alta le saca del hospital. Por supuesto, Tomás saca la carta más alta y se escapará del hospital con la ayuda de Federico. Han hecho un trato, por dos semanas. Tomás tendrá que jugar para Federico. Federico le advierte, como si le fuera la vida en ello, que no le puede tocar ni hacerle fotos.

Juntos van a un casino medio turgurio. Coincidiendo con su entrada en el local, vemos en la pantalla de un televisor la transmisión de la noticia del accidente aéreo por la cadena CNN+. Un hombre pregunta a Tomás: “¿Estás aquí por tu propia voluntad?” Acto seguido, le untan el pelo con melaza. Se tiene que jugar con otros dos la indemnización del seguro, o sea, los ciento cincuenta mil dólares. Tomás cree que Federico está loco. Pero, éste le dice que para él no existe la casualidad, ya que ha nacido con un don especial, la buena suerte. Empieza el juego. Los jugadores tienen las manos sobre la mesa, uno de los jugadores (Antonio Dechent) apunta la necesidad de aumentar la apuesta, para lo que pide que el joven se juegue un dedo de una de las manos. Tomás sale despavorido y pensando que todo es una locura. Pero Federico le convence aceptando jugarse él también un dedo. Se apaga la luz, sueltan un insecto parecido a una langosta o mantis gigantesca y el tal se posa en la cabeza de Tomás. Es el ganador. Alejandro, que así se llama el otro jugador, un torero retirado, se ha jugado su propia casa en el campo. Federico y Tomás van a pasar la noche en ella conduciendo el coche que ha perdido la otra participante en el juego. Tomás llama a su, al parecer, novia (Paz Gómez) desde una cabina telefónica. Ana no llegó a tomar el avión, así que los dos están vivos, intactos. El único problema es que del otro lado del hilo telefónico hay un policía intentando registrar desde dónde se ha hecho la llamada. Localizan la llamada y tienen que salir por pies de la casa del torero, que queda tomada por la policía. Esa misma mañana, Sara, nuestra mujer policía, interroga al torero famoso, Alejandro Domínguez, sin conseguir resultados. Al torero no lo pueden apresar porque no tiene antecedentes. Sara, muy frustrada, se va de la casa y cuando pone la mano en la palanca de cambios se da cuenta que tiene un pequeño corte producido por un trozo de cristal. Sigue al torero y le dice que sabe que él mismo rompió el cristal de la ventana del sótano de su casa; coartada que Alejandro ideó para

hacer viable la presencia de dos supuestos extraños en una casa que no les pertenecía aparentemente. Los dos pelean. Al final, el torero le dice a la mujer policía que ella tuvo suerte pues su hija y su marido murieron en el accidente de coche en que sólo ella se salvó. Lo que quiere la poli es atrapar a Tomás Sanz sirviéndose de Alejandro que la llevará por un submundo de juegos y apuestas.

Esta vez, el juego consiste en elegir cautivos. Es gente bastante desesperada que recibe dinero por prestar este servicio. Los cautivos están detrás de unos cristales a modo de escaparate, sentados, esperando a que los jugadores los seleccionen. Cada concursante selecciona a su cautivo, quien se acerca al cristal espejo para que el jugador le tome una foto con una *polaroid*. Federico y Tomás llegan tarde a esta partida con seres humanos. Sólo queda una chica; los demás jugadores y cautivos están en la calle, esperando los primeros con los ojos vendados.

Cada uno de los concursantes tiene que quitarle la suerte a su cautivo o cautiva. El procedimiento lo vimos al principio de la película: el contacto de piel contra piel produce la transferencia. Tomás se acerca a su cautiva y la toquetea e incluso acaricia. A continuación coge un par de dados y los lanza. Suponemos que quien saque la suma más alta es el ganador. Sara siente la proximidad física del cautivo que le ha tocado en suerte y recuerda automáticamente a su marido: besa apasionadamente a su cautivo, quien finalmente retrocede perturbado. Sara, que sale de su estupor, se quita la venda y descubre a Tomás. Saca la pistola y pretende arrestarlo. Pero uno de los organizadores del juego la deja sin sentido de un golpe. El juego queda invalidado.

La clave de la secuencia queda clara. Si al principio, en el primer encuentro, lo que estaba en juego eran objetos (casas y coches), ahora el premio es la suerte de otros seres humanos. El jugador que más suertes reúna tendrá la posibilidad de hacerse con el

premio final. Las suertes acumuladas están representadas por las fotos de las correspondientes personas o cautivos; fotos que, por tanto, funcionan a modo de unidad de intercambio o unidad monetaria. El premio final es enfrentarse a Samuel y obtener todo lo que este posee, su dinero, su casino, su suerte.

El viaje de Federico y Tomás parece que no va a terminar nunca. Por su parte, Sara vuelve a la comisaría, se encierra en su oficina comparando los pañuelos negros que sirven como vendas para el juego de los cautivos. El cuerpo de Sara está lleno de cicatrices que le recuerdan constantemente el accidente donde perdió a sus seres queridos. Mientras tanto, Federico y Tomás llegan a un bosquecillo donde se ha organizado otro de los juegos. En el camino, Federico, aprovechando que Tomás va dormido, le quita la foto donde está con Ana. Se guarda fotografía y posteriormente la cortará para separar a Tomás de Ana: Ana será parte de la apuesta.

Los participantes corren por el bosque. Van vendados y con los brazos atados a la espalda. Quien sea capaz de atravesar el bosque sin chocar con ningún árbol gana. Cuando sólo quedan dos concursantes, Tomás se golpea brutalmente contra un árbol. Alejandro, el torero, es el ganador.

Federico, desolado por el error que considera ha cometido al confiar ciegamente en la suerte de Tomás, se marcha dejándolo tirado en el suelo y la cara recubierta de sangre que se va secando. Se lo han jugado todo y han perdido. Tomás pedirá al torero y al organizador del juego que lo lleven a la ciudad. Se sienta al lado del maletín que contiene un sobre con las fotos de todos los cautivos que ha ganado Alejandro. Parte del botín es la fotografía de Ana. Cuando Tomás hace este descubrimiento se pone frenético. Su novia está a merced de unos tipos sin escrúpulos. Volvemos a oír la música del bolero. A Tomás lo dejan en la carretera.

En el casino, el viejo Sam se está preparando para uno de sus juegos. Observamos todo un mecánico ritual. Se tapa la cabeza. El montaje en paralelo nos lleva a la casa de la mujer policía que es incapaz de conciliar el sueño. Volvemos al casino, donde el viejo y el torero van a jugar a la ruleta rusa en la sala aséptica del sótano. Aquí se terminó el camino del torero. Durante la escena de la ruleta rusa se ha intercalado otra acción simultánea. El policía que está a cargo de Ana, limpia su revólver y cuando Sam dispara y mata a Alejandro, el revólver del policía se dispara accidentalmente y la bala está a punto de matar a Ana.

Nos enteramos en el hospital, cuando Ana finalmente se confiesa a Sara, que la primera salvó su vida porque Tomás le dijo en el último momento que no la quería; razón por la que ella no llegó a tomar el avión que se estrelló matando a todos los pasajeros menos a su novio. Sara piensa que si ella hubiera tenido valor de decirle a su marido la verdad, que ya no lo quería, éste hubiera parado el coche al borde de la carretera para pedirle explicaciones y que, ahora, tanto él como su hija estarían quizás vivos.

Como era de esperar, Tomás responsabiliza de la mala suerte de Ana, del disparo que casi le cuesta la vida, a Federico. Le busca, le encuentra y le propina una paliza tremenda. Sin embargo, la prueba más complicada está por llegar.

Ahora se trata de salvar a Ana, de conseguir la foto de la joven que ha pasado a poder de Sam. Habrá que jugar contra él. Pero Samuel es el dios del azar; lo es desde los días muchos años atrás en que preso con otros muchos niños judíos en un campo de concentración nazi pudo salvar la vida gracias a su buena suerte. Tomás y Federico se dirigen al casino de Oanca. Sam accede a jugar con Tomás, pues le llama la atención que nadie previamente haya “venido aquí por amor”. Parece que el amor introduce una variable inesperada en el azar. ¿Será quizás porque ambos son ciegos?

Tomás y Sam se entrevistan cara a cara antes del gran juego. Es la primera vez que Sam hace algo así. Los dos personajes van vestidos de manera exacta. Sam le cuenta su historia en el campo de concentración. Un día llegaron y se llevaron a Daniel, su amigo, que le dejó una fotografía de su hermana. La fotografía de esa niña angelical salvó la vida del viejo.

El juego de la ruleta rusa se va a celebrar. La mujer policía también llega al casino en su pretensión de capturar a Tomás. Los preparativos para la ruleta rusa son nuevamente metódicos. Sam se pone la fotografía en la mano pero no se cubre la cabeza con una capucha como otras veces. Se juegan a Federico. “Un día recuerda que saliste intacto,” dice Federico. Tomás apunta al viejo, dispara y el percutor golpea en el vacío. Cuando llega el turno de Sam, como por casualidad, entra la mujer policía con su pistola en ristre. Sam gira la cabeza y apunta con su revólver a la joven, revólver que iba a acabar con la vida de Tomás. Sam dispara, pero nuevamente el percutor no encuentra la bala. La policía dispara y se arma una fuerte balacera. El viejo muere, la chica queda malherida y morirá poco después. Sólo Tomás sale intacto de la refriega. Se acerca éste a la mujer policía, quien en su sopor recuerda el día de la muerte de su hija y marido y le dice al joven reviviendo la posibilidad que nunca llegó a ocurrir: “ya no te quiero.” Llega Federico y decide quedarse sentado en medio de los cadáveres después de cubrir la cara de Sam. Tomás sale corriendo al campo abierto y quema la fotografía de Ana que ha recuperado.

Comentario

Normalmente, en el juego mortal de la ruleta rusa cada participante dirige el revólver hacia su propia cabeza y es el encargado de apretar el gatillo y desear lo mejor

para no morir en el intento. Aún recuerdo el escalofrío que me recorrió la primera vez que vi la ruleta desesperada en *The Deer Hunter* (Michael Cimino, 1978), con esos hombres-nada que la película nos ofrecía como metáforas de una situación absurda e inexplicable que, por supuesto, era absurda pero explicable. Aún recuerdo que esos seres que querían morir parecían excrecencias de lo más bajo a lo que la humanidad puede llegar y manifestación cósmica de un mal primigenio que caracterizaría a una humanidad caída. Resulta chocante, por ello, que en la ruleta rusa de *Intacto* cada participante dirija el revólver hacia el contrincante. Y no con una bala en la recámara, sino con cuatro: sólo un hueco, una posibilidad de vida, en el cargador. Pero esto no es lo más curioso, lo más curioso es que al disparar y comprobar que el oponente sigue vivo y coleando, el perdedor acepte con fatalidad el nuevo estado de cosas y entregue mansamente el revólver al superviviente sin que medie esperanza de salvar el pellejo. Curiosidad que se intensifica si tomamos en consideración que estos seres que se aprestan suavemente a morir no son la hez de la tierra, ni los abandonados de la mano de Dios, sino prójimos que se duchan con asiduidad y que, religiosamente, se limpian los dientes un par de veces al día. Esta sí que parece una situación absurda e inexplicable.

No obstante, se puede empezar a comprender si nos fijamos en algunos de los motivos centrales de la película: el casino, el beneficio que se puede derivar del riesgo, la imposibilidad de calcularlo racionalmente, la necesidad de apelar a la superstición o incluso a la magia para controlar el azar. Muchos juegan y pocos ganan. De hecho, la esperanza de una riqueza desmedida descansa en esa premisa: lo que en principio estaba repartido entre muchos, termina acaparado por uno solo de ellos. Nada mejor que usar a los demás para llegar a ser un millonario. Estamos hablando, por supuesto, de lo que a veces se ha descrito como “the casino economy;” el modelo económico de la reciente

fase neoliberal del capitalismo. Sus características generales son conocidas: predominio de la economía financiera sobre lo que los propios economistas y comentaristas denominan la “economía real;” enorme disponibilidad de liquidez debido a unos tipos de interés prácticamente negativos; expansión burbujeante de la bolsa y más recientemente de los activos inmobiliarios; crítica feroz a cualquier intervención del estado en lo tocante al control y ordenación de las actividades económicas si tienen por objetivo garantizar el bienestar general; desarrollo obsesivo de los mecanismos represivos del estado; mitificación de la célebre mano invisible del mercado, etc., etc. Ahora que estamos asistiendo al desinflado de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos (noviembre del 2007), quizás con repercusiones importantes en otras partes del mundo, puede cobrar sentido esa “irrational exuberance” de la que hablaba Alan Greenspan, expresidente de la Reserva Federal, no hace mucho.

Si pensamos en un casino, resulta curioso constatar su naturaleza paradójica. Este templo de la suerte es un espacio hipercontrolado donde los comportamientos están sujetos a reglas estrictas de decoro. Parece como si la soberanía del azar exigiera no dejar nada al azar. Una paradoja que delata el alto grado de ansiedad que, previsiblemente, deriva de la esencial incertidumbre que caracteriza a la condición presente de nuestro sistema social. Por ello, vienen rápidamente a la mente teorizaciones como la de Ulrich Beck sobre la “sociedad del riesgo” o la de Naomi Klein sobre el “capitalismo de los desastres.” Destruir para crear o creación que genera riesgos difíciles de contener dentro de límites manejables. No cabe duda que nos las habemos aquí con rasgos centrales de la experiencia humana bajo el capitalismo. ¿Qué no se ha intentado para presentar como racional un sistema económico y social que en el fondo intuimos está siempre al borde del abismo? Teoría de juegos, mercados perfectos, sujetos racionales que toman

decisiones en condiciones de igualdad en lo que toca al acceso a la información, matematización de los flujos económicos, etc.

Pues bien, ante este estado de cosas la película de Juan Carlos Fresnadillo toma decididamente partido por la preeminencia de lo irracional en los procesos de intercambio, competencia y acumulación. La inseguridad de los destinos parece que sólo se puede sobrellevar con fe y una dosis saludable de magia y superstición. Lo que está en juego en el juego es, por otra parte, finito. Mi ganancia es tu pérdida. De hecho, mi ganancia aumenta con la multiplicación de las pérdidas; las de los demás. En este sentido, los hombres son sólo medios o instrumentos para la acumulación de poder de otros hombres. Y los que pierden, pierden algo más que un instrumento, pierden su humanidad e incluso su vida. En este paisaje social desolado, tan desolado como los paisajes de lava de Tenerife (que es donde están rodados los exteriores del casino), se representa el drama de *Intacto*.

Cuesta trabajo encontrar la humanidad en estos personajes-nada de los que no sabemos las causas profundas de su enajenación. Se trata de un detalle central que la película elige ignorar. ¿Por qué quiere morir desesperadamente Samuel? ¿Se avergüenza de haber sobrevivido al horror nazi cuando tantos otros perecieron? Podemos pensar que en la vida de nuestros personajes hay algún momento de inflexión que los colocó ante una vida sin sentido, de forma que lo único que les preocupó a partir de ese momento fue la repetición ritual de una serie de gestos a los que podemos llamar vida. Por ello, vemos a estos personajes deambular por la película como si estuvieran implicados mecánicamente en un juego que ellos no han diseñado, que más bien parece la creación de un dios malvado. Por descontando, nos viene a la mente el drama barroco, en particular el de Calderón: títeres y monigotes de un teorema moral zafio. Aunque siempre cabe el recurso

manido del cine comercial: el amor. Lo dice Samuel: nunca vino nadie aquí que lo hiciera por amor. O sea, se puede jugar al juego de destruir para acumular no por codicia o afán de poder, sino por amor. Pero, al fin al fin, el juego no deja de jugarse.

En definitiva, echamos de menos algunas preguntas sencillas: ¿Qué sentido tiene el juego? ¿Quién lo ha creado? ¿Quién determinó sus reglas? ¿Por qué no lo cambiamos o, al menos, por qué no cambiamos las reglas? ¿Por qué no dejamos de jugar ahora que somos mayorcitos y sabemos lo que nos espera?